

La acción católica de Menéndez y Pelayo

En este orden, como en todos cuantos manifestó el insigne montañés los portentos de su prodigiosa capacidad, fué su acción verdaderamente inmensurable.

No hay que hablar hoy de la robusta fe del maestro de que ha dado tantas fehacientes pruebas en su gloriosa vida y en su cristiana muerte; tampoco es preciso recordar su acendrado catolicismo de que hoy dan acorde testimonio en estas columnas genios de tan varia inspiración como el de don Alejandro Pidal y el de don Juan Valera.

Con su vida cristiana y sus prácticas religiosas, á que el llorado maestro se entregaba sin profusión, pero con entera confianza en la misericordia divina, Menéndez y Pelayo llevó el persistente influjo de su ejemplo perseverante á muchas almas entibiadas para la fe, y algunos genios de las ciencias y de las artes quedaron inactivos para las propagandas sectarias y como absortos ante la muda contemplación de la fiel piedad, siempre viva y pujante del insigne pensador.

Es incalculable también la influencia de la acción católica de Menéndez y Pelayo á través de sus enseñanzas inmortales.

Sus prolijas investigaciones de erudito, el primero entre los primeros; su severa imparcialidad histórica y crítica; sus geniales enseñanzas literarias, y hasta la cristiana inspiración de sus poesías clásicas, han señalado derroteros seguros del pensamiento y de los afectos más caros á tres ó cuatro generaciones estudiosas, que, como brillantes satélites, se movían en sus propias órbitas bajo la radiante influencia del sol central de su sistema ideológico.

Las obras de Menéndez y Pelayo, á pesar de su aparente carácter fragmentario, tienen el fin próximo de historiar la sabiduría de la humanidad; pero su último fin es la apología crítica de la civilización cristiana, y en este orden no hay en España ni fuera de ella persona alguna que, sin estar ungido para el sublime ministerio del sacerdocio, haya influido de más honda manera en la dirección y propaganda de las fecundas ideas de la Filosofía religiosa.

Pero la acción católica de Menéndez y Pelayo no se limitó á esta actividad difusa que impregnaba todo su ser mental y transcendencia á todas sus obras: es que además no faltó nunca á la cita cuando de alguna manera había que de-

fender los grandes ideales del catolicismo, ó cuando de algún modo se hallaban comprometidos los intereses de la Iglesia.

Pertenecía á la Junta Central de Acción católica, y siempre su firma ilustre iba entre las primeras de los documentos de adhesión enviados al Soberano Pontífice ó de las reclamaciones legales dirigidas á los Poderes públicos.

No se limitó Menéndez y Pelayo á difundir por el mundo de su pensamiento prócer las adivinadas enseñanzas de la Filosofía cristiana en las obras de Aristóteles; la sublime ciencia de Santo Tomás, iluminada por los esplendores de la doctrina revelada, la profunda y ortodoxa sabiduría de Luis Vives, de quien ha sido el más acertado expositor y crítico, ni los hondos pensamientos filosóficos y políticorreligiosos de Jaime Balmes: no, Menéndez y Pelayo era además hombre de acción práctica, y nunca escatimó, cuando fué conveniente, ni por negligencia, ni por cobardes respetos humanos la insuperable autoridad de su palabra.

Y así fué diputado en la legislatura de 1884-85, cuando aún no contaba treinta años, y en una tarde memorable, con una copa de agua en la temblorosa mano, declaraba con su penetrante voz que "él no aceptaba el derecho al error y al mal, sino el derecho á la verdad y al bien"; que "no había, ni podía, haber conflictos entre la ciencia y la fe", que "la secularización de la enseñanza tenía funestos precedentes en la Historia de España", y que "la desamortización fué un inmenso latrocinio".

La exuberante oratoria de Castelar, acostumbrada á llevarse de calle á los auditorios vulgares, tuvo aquella tarde histórica el más severo y eficaz correctivo.

Un prelado español, que dejó profunda huella en la historia social de España, el nunca bastante llorado cardinal Sancha, promovió el primer Congreso católico nacional el año 1888; y bajo las recién restauradas bóvedas de San Jerónimo el Real oímos admirados los católicos españoles la elocuencia de nuestros prelados y de nuestros sabios seculares; pero destacándose, como dos próceres columnas de la fe, oímos absortos la palabra apocalíptica de don Alejandro Pidal, que en impetuosos torrentes se derramaba sobre el auditorio desde el florido púlpito, y la ciclópea disertación de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que trazó un cuadro magistral de la civilización cristiana del siglo XIII, destacando sobre los varios términos del magnífico conjunto la bella y celestial figura del rey don Fernando el Santo.

Llegó el cincuentenario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, y la histórica ciudad de Sevilla oyó el año 1904 el discurso que en honor de la Reina de los Angeles escribió el más docto de los españoles.

Un gobernante extraviado creyó que era empresa fácil instaurar en España la enseñanza laica; celebróse el 2 de febrero de 1910 un grandioso mitin para advertir á los Poderes públicos de que aquel empeño era insensato, y en el momento del peligro se alzó la voz potente del más grande de los escritores para decir en memorable carta, dirigida al obispo de Madrid, que juzgaba "deber de conciencia, no sólo religiosa, sino social y científica, al adherirme á esta manifestación católica, que es, al mismo tiempo, una muestra de cultura y una afirmación del verdadero sentido que la enseñanza popular debe tener si ha de cumplir su misión educadora formando espíritus rectos y sanos.

"La escuela sin Dios—añadió—, sea cual fuere la aparente neutralidad con que el ateísmo se disimule, es una indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso. Es una extirpación brutal de los gérmenes de verdad y de vida que laten en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde".

Un grupo de hombres de buena voluntad organizó aquí una serie de conferencias literarias é históricas para señoras, y viendo Menéndez y Pelayo que aquella era obra de propaganda, allí acudió para explicar de magistral manera "La Epopeya castellana en la Edad Media".

Iba á celebrarse el centenario de Balmes: algunos vanos escritores dijeron en los papeles que Balmes no había traído á la civilización española ninguna idea nueva; pero Menéndez y Pelayo salió al paso de los "osados pedantes", y en un maravilloso discurso del año 1906 dijo cuanto había que decir del valer y de la significación del filósofo vicense.

Murió el genio de la novela regional, el gran artista de la narración poética, había de inaugurarse un monumento dedicado á su memoria en la querida ciudad natal, y percibiendo Menéndez y Pelayo lo que la obra significaba para la amada tierra y para la Patria entera, acude al solemne acto con un discurso que es la más hermosa apología de la cristiana musa de Pereda.

La última manifestación pública de acción católica de Menéndez y Pelayo (y fué una especie de viático de su elocuencia), es muy reciente: ¿quién no la recuerda? Fué su discurso sobre "Los autos sacramentales", en el Congreso Eucarístico del pasado año.

El último discurso, postrer destello de su ciencia apologética, fué un homenaje á la Eucaristía.

Casualidad, que induce á la meditación, ó hecho providencial que así dispuso el que todo lo rige, las últimas palabras de Menéndez y Pelayo no pudieron tener ni más universal resonancia ni más sublime objeto.

La acción católica práctica del maestro admirable no pudo alcanzar más digno remate.

El le haya servido (si antes no había ya atesorado suficientes méritos espirituales) para entrar en el reino de los cielos donde halla el incommovible asiento de la infinita sabiduría.

Y allá, en la primavera, que nunca se acaba, su espíritu, siempre docente, siga velando, como el Buen pastor, por los que siempre tuvimos á gala seguir sus

huellas y contornos prácticamente entre sus discípulos, así en la Universidad como fuera de ella.

RUFINO BLANCO.